III.

La pasión política se cebó en el pacificador de España y le destituyó de sus honores, grados y condecoraciones: fué al poco tiempo indultado, y apenas regresó á España se retiró á Logroño, donde vivía tranquilo, lamentando nuestras discordias y negándose á tomar en ellas parte, cuando ocurrió la revolución de 1854. La reina, por la cual había derramado su sangre, y el partido progresista, del que había sido valeroso caudillo, le llamaron. Eran momentos supremos; se trataba de olvidar pasados resentimientos en aras de la patria, y Espartero vino á Madrid.

Nombrado presidente del Consejo de ministros, trabajó con incansable afán para sostener la coalición de conservadores y progresistas, que dió término á la ominosa dominación del bando reaccionario. El pacto se rompió por las asechanzas del centro parlamentario,

D. DOMINGO DULCE.

D. Domingo Dulce vivió su vida militar en medio de las conmociones sangrientas de la libertad. En 1841 era capitán de Alabarderos, cuando en la célebre noche del 7 de Octubre defendió denodadamente la persona de doña Isabel II al presentarse á las puertas de palacio los generales Leon, Concha, Pezuela y otros varios que se proponían derribar la regencia de Espartero. Pero Dulce, hombre de profundas convicciones y que no creía que la sangre derramada por el pueblo español para conquistar su libertad debía ser perdida en provecho de una reacción perjura y corrompida, se acordó de los sufrimientos de la patria, y el 28 de Julio de 1854 sacó de Madrid las fuerzas de caballería que estaban bajo su dirección y lanzó el grito de libertad en el Campo de Guardias. Allí, reunido con O'Donnell, Messina y Ros de Olano, inauguró la revolución de Julio.

A él también fué debido en gran parte el honor del levantamiento nacional de Setiembre. Terror y hambre: en estas dos palabras estaba resumida la situación de España bajo el último ministerio Gonzalez Brabo. La situación esa insostenible; se conspiró

formado por los vicalvaristas, auxiliados por la Corona. Espartero vió que no podía triunfar aunque para ello prescindiera de apoyar á Isabel II, y después de lamentar en el fondo de su corazón la muerte de unas Cortes Constituyentes que estaban llamadas á labrar la felicidad del país, se volvió otra vez á su retiro de Logroño, donde continúa sin haber tomado parte en las luchas de los partidos.

El duque de la Victoria ha saludado con júbilo la revolución de Setiembre; pero no habiendo contribuido á ella, se niega á recibir laureles que no ha ganado. Creemos, pues, que serán infructuosas las gestiones de los progresistas, que desean ceñir en las sienes del ilustre pacificador de España la corona de San Fernando. Espartero, que se halla ya á las puertas del sepulcro, solo aspira á honrar á la patria como virtuoso ciudadano, del mismo modo que la ha honrado como bravo militar y estadista celoso.

para derrumbarla, y los duques de Montpensier y los generales Serrano, Dulce, Serrano Bedoya y otros fueron desterrados. No contaba el gobierno con el brigadier Topete. El alzamiento de Cádiz y la vuelta de estos generales aseguró el triunfo de la revolución, y el general Dulce volvió á pisar el suelo patrio, haciendo la revolución justicia á su valor.

En estos momentos se dió en España el grito de que Cuba se perdía: marchó Dulce á reemplazar al general isabelino Lersundi y comenzó á buscar la manera hábil de aquietar la insurrección cubana sin el bárbaro derramamiento de sangre humana. Esto hizo que los voluntarios le miraran con desconfianza, y cayendo en el lazo que los filibusteros le tendieron, los voluntarios se vieron en la precisión de hacerlo embarcar para España, siendo nombrado en su reemplazo el general Caballero de Rodas.

Hartamente padecido el general D. Domingo Dulce, retiróse de la política ardiente y á tomar baños templados, pero todo en vano; la muerte tendió sobre él sus pavorosas alas, y murió uno de los más constantes defensores de la libertad en España.